

## Poesías de Emilio Ballagas

=Del libro: *Poemas en menguante*. La Habana, 1931

### Inicial del sueño

¡Cuánta nada que hacer! Puro  
resbalar sobre esta nieve  
que esconde un mundo ignorado:  
—palabras, formas, colores . . .

Nieve, no: palomas lentas,  
secretas palpitaciones  
que de cándidas apenas  
se les mira el aletear.

Afuera llaman. Me llaman  
del mundo real, una mano  
oprime el pulso de un timbre:  
suelta bandadas eléctricas  
de pajaritos metálicos.

Pero yo sigo desnudo  
de ayer, de hoy, de mañana;  
puro  
ligero de anécdota  
tullido sobre la dalia  
enhiesta, quieta del ocio.

Sueño burbujas. Las miro  
volar, huir, irisarse.  
Busco, me pierdo . . . quisiera  
vagar en aquel color.  
Esconderme.

Ser el eje  
sereno, inmóvil de una  
rueda de Newton en donde  
viajan los siete donceles  
a conquistar la luz blanca.

Suaves alondras del tacto  
cantan ahora en mis dedos  
yacentes sobre una rosa  
imaginaria.

Me fugo  
en aquella línea larga,  
inverosímil, sinuosa . . .  
por donde se llega al sueño.

### Viento de la luz de junio

Llévame por donde quieras:  
viento de la luz de Junio  
—remolino de lo eterno.

¿Adónde?  
Si ya he ido, si ya vuelvo.  
Si ya nada quiero, nada;  
ni lo que tengo, ni aquello  
que estuve soñando ayer.

Ahora por no querer  
y no saber lo que quiero,  
lo quiero todo . . . ¡Qué júbilo!  
¡Qué beato ahogarme en tu oleaje!  
Soy como un niño que estrena  
la pura emoción del quiero.  
Ay, la espuma, lo lejano  
y aquellas voces, naranjas  
—tacto, color y fragancia—  
que se mecen en las frondas  
como sorpresas redondas.

### Inicial angélica

—Envío del autor—

Ramón Gómez de la Serna, gran cau-  
boy, ensarta en el hombro en punta de  
Juan Cocteau la responsabilidad gravísi-  
ma de haber traído los ángeles. Los án-  
geles que Rafael Alberti ha pintado con  
luces de difícil y previa intimidad. Y los  
ángeles—la verdad sea dicha—han traga-  
do mucho viento hasta llegar a la poesía.  
A la nuestra, sobre todas. Han venido  
con vuelo tímido, asustadizo, con las alas  
engrasadas para el vuelo de regreso, con  
ticket de ida y vuelta. Nos han rondado a  
distancia hasta saber que no había trampa  
ni ese lloro de perro perdiguero—irresis-  
tible—que paraliza la sangre de las codor-  
nices. Fue en Juan Ramón Jiménez donde  
empezamos a palpar la presencia angélica  
que nos anunciaba Enrique González Mar-  
tínez desde su Méjico de ángeles rebeldes.  
Pero ahora—en este 1931 a media edad—es  
que llegan con la pluma tostada del calor  
excesivo y el ánimo recelando de la policía  
machadista los ángeles auténticos.

Los poetas de anteayer—los que daban  
el ejemplo, el santo y la seña a mi gene-  
ración lírica—no gozaban de la plenitud an-  
gélica. No podían gozarla. Todavía los vue-  
los se hacían de rumores consabidos. Al  
morir coleaban—como las lagartijas que  
tienen manos de ángel malo—los ángeles  
de la imitación: a los que había que salu-  
dar con la puntualidad verbal que nos  
quedó de Rubén Darío e imaginar—; ima-  
ginar!—con las plumas en filas simétricas  
y machihembradas, alargándose al  
acercarse a la punta del ala para dejar  
escapar mejor el mensaje de Dios en que  
está la virtud angélica.

Mi generación vió a los ángeles, pero  
cuando venían al llamado poético compo-  
nían, muy juntos por el miedo y con las  
alas cruzadas por detrás—tan difíciles de  
acomodar con elegancia—un parlamento  
más que un coro. Y en los ángeles—anó-  
tese—la capacidad coral es la medida de  
la autenticidad. Juntos en coro es cuando  
se sacan del pecho ambiguo el habla mi-  
lagrosa que se les ha encargado transmitir.  
Esa habla de rumores dispersos que sólo  
los poetas de ahora anotan cabalmente.  
Los míos eran ángeles genuinos—¿cómo  
dudarlo? Llegaban al amanecer, mojados  
de neblina. Venían los negros: ángeles  
de tinieblas, los blancos: ángeles de luz.  
Me miraban de frente largamente, con  
aquella bobalicona solicitud de los queru-  
bes que tienden el mantel junto al San  
Diego orante de Murillo. Pero sólo los  
manteles se ponían. El pan de los ángeles  
no llegaba. Era que viles rumores se le-  
vantaban entre los ángeles y mi ansie-  
dad. Los ángeles negros, que viajan con una

(Pasa a la página 311)

Llévame adonde tú quieras  
—tú me ciñes, tú me vences—  
que ahora me rindo dócil  
a tu voluntad viajera,  
luz de jugar y de huir . . .

Llévame, llévame, llévame  
a secuestrarme en lo eterno  
—ansia, oleaje, grupa, crin—  
Viento de la luz de Junio.

### Poema de la jícara

Jícara.

Qué rico sabor de jícara  
gritar: "Jícara".

Jícara blanca,  
jícara negra.

Jícara,  
con agua fresca de pozo,  
con agua fresca de cielo  
profundo, umbrío y redondo.

Jícara con leche espesa  
de trébol fragante—ubre—  
con cuatro pétalos tibios.

Pero . . . no, no, no  
no quiero jícara blanca ni negra.

Sino su nombre tan sólo  
sabor de aire y de río—

Jícara,  
Y otra vez: JICARA.

\* \* \*

Qué me cierren los ojos con uvas—  
Diáfana, honda plenitud de curvas.

(Ancho sabor de tierra,  
lengua húmeda de la noche).

Que me envuelva un incendio de manzanas.

Que me envuelvan—presagio de pulpa—  
en ciruelas de tacto perfumado . . .

Inundadme  
en pleamar de pétalos y trinos.

Qué me ciñan—¡ceñidme!—de eclípticas  
azules.

### Poema de la ele

Tierno glú-glú de la ele,  
ele espiral del glú-glú.  
En glorígloro aletear:  
palma, clarín, ola, abril . . .

Tierno la-le-li-lo-lu,  
verde tierno, glorimar . . .  
ukelele . . . balalaika . . .

En glorígloro aletear,  
libre, suelto, saltarín,  
tierno glú-glú de la ele.